

## BAILAS O DISEÑAS

Por Yolanda Muelas\*

Cualquier día de 1999. A unos meses del 2000. A poco menos de 200 días. A no sé cuántas horas. Entonces no sé dónde bailaremos. Supongo que más o menos en los mismos sitios que ahora. Espero que en más. Barcelona es una ciudad bonita aunque tampoco hay muchos sitios a los que ir. Si te das una vuelta por las tiendas de ropa y de discos, por los bares, si acostumbras a pasarte por el circuito habitual (ya sabes, Zsu-Zsa, Revólver, CD Drom, Oh La La! y todo eso) siempre acabas con la mochila llena de flyers. Es como si Barcelona fuese la bomba y cada noche tuvieras el terrible dilema de escoger entre una oferta de lo más interesante. Pero lo cierto es que sólo unos cuantos clubs funcionan de forma estable. Los demás nunca sabes muy bien cuánto van a durar. Aunque mejor esto que hace unos años, cuando los bares de diseño estaban en las últimas y en las discotecas se citaban (y siguen haciéndolo, claro) niños de cubata y chicas monísimas a ritmo de los 40 Principales. Cuando la fiebre del acid house acabó esfumándose y puso a Studio 54 al borde del precipicio, para que un tiempo después algún lumbreras de la noche acabara por cargarse el que fuera templo de la modernidad barcelonesa durante los 80's (con permiso del Otto Zutz en versión supermodelmegaguai), ahora ya a punto de convertirse en salón de bodas y banquetes con mariachis y tunas incluidos. Sniff, sniff.

Los primeros '90 fueron años feos. Años en los que Cobi se aparecía hasta en tus peores pesadillas. ¿Por qué? ¿Por qué? Barcelona se puso guapa y nosotros nos aburrimos hasta lo imposible, Barcelona era una ciudad entre pija y cutre. Cosmopolita pero provinciana. Orgullosa y solidaria. Y amiga para siempre. Y lo que es más importante: había dejado de ser una pulga en el mapa. Cualquiera sabía lo de Barcelona '92. Hasta el japonés más despistado y saltarín. La euforia olímpica fue un desquiciamiento, pero la resaca fue peor. La Barcelona post se convirtió en una ciudad apática llena de guiris que venían a disfrutar de todas esas maravillas que leían en las guías de viajes. La cultura de clubs era por aquel entonces una cosa como del más allá. Como mínimo más allá de nuestras fronteras. Y los únicos flyers que podías encontrar eran bonitas fotocopias donde te detallaban amablemente el precio de las litronas, cubalitos, calimocho y demás que podías comprar en los deliciosos bares de la calle Escudellers alfombrados de serrín. Luego las cosas empezaron a cambiar. El San Francisco empezó a circular de boca en boca como local interesante y durante algún tiempo la gente empezó a reunirse allí. No duró mucho pero fue el pistoletazo de salida que acabó con una situación que empezaba a ser de suicidio. De eso hace seis o siete años. ¿Recuerdas qué hacías hace seis años? ¿Lo recuerdas? A mí, para ser sinceros, me cuesta un poco. Seguía con bastante interés las fiestas que los mods montaban en locales más o menos presentables. Allnigthers estupendas cargadas de soul, r'n'b y jazz. Noches en las que podías bailar hasta reventarte los pies. Y empezaba a interesarme por eso que llamaban "acid jazz". Eddie Piller es un tipo simpático que me cae bien. Un tipo con clase, chiflado por los sonidos negroides que

había sido mod en su adolescencia y que ahora lucía una pinta de lo más hippy con medallón colgando en el pecho y unas greñas de aúpa. Si te has pasado media vida colgado del sonido Motown y de la Stax, si se te pone la piel de gallina con una canción de Chuck Jackson y los pies se te escapan cuando escuchas cualquier tema de Jimmy Smith, no es de extrañar que tuviera cierta curiosidad ante la nueva empresa del amigo Piller, Curiosidad que empezó a convertirse en entusiasmo ante propuestas como las de Corduroy o James Taylor Quartet. Y fue el entusiasmo, supongo, junto con las ganas de sacudirse la modorra y la borrachera olímpica, lo que animó a un grupo de amigos a formar, en un arrebatado de lucidez, una de las promotoras sin las que esta ciudad, definitivamente, no habría sido la misma. Estoy hablando de Producciones Animadas y de aquellas noches groovies en la Monumental llenas de jazz y de latin soul y de funk. Al fin el club como punto de encuentro, como lugar en el que pasan cosas y donde gente con intereses comunes se cita para disfrutar con la música. El disc-jockey ha dejado de ser el último mono de la fiesta y ahora es ese tipo interesante que lleva en la maleta los mejores discos que puedas imaginar. Y DJs por aquí había unos cuantos. De hecho, algunos formaban parte de Producciones Animadas y con otros habían creado un colectivo que se hacía llamar Disc- Jockeys Sense Fronteres. Tenían hasta su propio fanzine, unas cuantas páginas fotocopiadas que con el paso de los años ha acabado por convertirse en una de las revistas más interesantes que puedes comprarte en un quiosco. Me refiero, por supuesto, a Disco 2000.

A partir de entonces las cosas fueron relativamente rápidas. O quizá no, pero lo cierto es que empezaron a funcionar nuevos locales, y eso por aquel entonces ya era mucho. Junto a Producciones Animadas estaban también los Vots, que acabarían pasando por salas como Apolo, Trocadero (lo que Vots bautizó como La Piscina) o Polyester. Y no sólo eso, el llamado britpop causaba estragos en las listas británicas y aquí el fenómeno indie era un valor en auge. El A Saco de L'Hospitalet fue el primero. Luego el New York, un puticlub reciclado de la calle Escudellers, se convirtió en el templo indiscutible de los sonidos más poppies, y cientos de niños bailaban cada noche moviendo sus cabecitas mientras tarareaban el Girls & Boys de los Blur. Y si a esto añadimos que los chicos de A Saco acabaron desembarcando en el Zeleste al cabo de nada, entenderemos porqué, por aquel entonces, Barcelona acabó inundada de flyers llenos de colorines y bonitos dibujos, mientras las calles se llenaban de chicas delgadísimas con camisetas extra small y chavales anoréxicos que ladeaban sus lindas cabecitas como si posaran para Melody Maker. Alguien en alguna revista de aquí, tiempo después, habló de la generación Peter Pan, y aunque eso de las etiquetas me parece una estupidez, lo cierto es que pocas han sido tan acertadas como ésta. Estamos en el '94, y justo este año va a celebrarse en Barcelona el primer Festival de Música Avanzada y Arte Multimedia, o dicho en corto: el Sonar. Si hablábamos de Producciones animadas como los primeros en introducir la cultura de clubs, hay que reconocer que fue la gente de Avanced Music quien situó la ciudad en el mapa electrónico europeo. Apenas unos cientos de personas coincidieron en esa primera edición. Cinco años más tarde, acabaron reuniendo a más de treinta mil en tres días: ¿Quién dijo que eso de la música electrónica (de baile o no) era sólo para cuatro iluminados, cinco pastilleros y

un par críticos listillos amigos de las etiquetas fáciles? La evolución del Sonar da una idea bastante clara de lo mucho que ha cambiado Barcelona en este tiempo. No sólo porque se ha introducido definitivamente en el circuito de clubs habitual donde los DJs pinchan con asiduidad (por aquí ha pasado gente como Surgeon, Jeff Mills, Basement Jaxx, Joey Beltram, DJ Sneak, Amon Tobin, Stacey Pullen, Josk Wink, Jedy Knights, Laurent Garnier o Dave Clarke, por citar sólo unos pocos), sino porque finalmente tenemos algunos sitios interesantes a los que ir. No es que haya tropecientos mil, ya lo decía al principio, pero digamos (vamos a ponernos un poco más positivos) que no está mal. Y todo gracias a gente como Night Sun Group, responsables del Fellini y La Terrazza, o a MurmurtownLaGloria, artífices de uno de los clubs imprescindibles de la ciudad y programadores de la carpa dance en el Festival Internacional de Benicassim. El club, claro, es el Nitsa. Cinco años en la brecha, punto de encuentro ineludible los fines de semana, unos flyers superchulos cortesía de Rafamateo y de Typerware, y una programación que años atrás no éramos capaces ni de soñar. ¿Alguien estuvo ahí el día de Ganja Kru? Pues eso. En Nitsa se baila (house, electro, drum`n`bass, breakbeat, techo y lo que sea), se alterna, se lucen modelitos como quien no quiere la cosa, y por si eso fuera poco, se pone hasta arriba los fines de semana. Así que la cola en la puerta no te la quita nadie. Pero no nos vamos a quejar. Aunque para colas la que se armó el día en que se inauguró el Moog, el primer club que decidió abrir sus puertas cada día. Estar al lado de las Ramblas tiene sus ventajas, supongo. De eso hace ahora unos años, y junto al Nitsa es otro sitio de visita obligado. ¿Hay más? Hay más. No voy a olvidarme de clubs itinerantes como Touché (ahora en el Star's Club) o Sporting Club (sus sesiones en el Veneno fueron increíbles), del Octopussy (imprescindible en verano con la terraza), el Picasso (de nuevo los Vots) o el penúltimo local de moda en la ciudad, el Dot (si vas más tarde de la una puedes quedarte en la puerta porque ya no hay quien entre). ¿Y la música? Bueno, a veces parece que no paras de escuchar lo mismo en todas partes. Ahora, mucho breakbeat y drum`n`bass y hip hop y algo de electro. Pero, por ejemplo, ¿alguien puede decirme dónde escuchar deep house y garage en Barcelona? ¿En el Nitsa? Sí, a veces. Pero se echa en falta, por ejemplo, el Qué? Te Dije (¿por qué demonios se les ocurrió cerrarlo?). También se echan en falta otras cosas, pero quizá no sea el momento de enumerarlas una a una. Sí, ya tenemos una escena (detesto esa palabra) que mimar. Tenemos bonitos clubs, bonitos flyers, interesantes sellos discográficos (Minifunk, Cosmos, BooZo, Novophonic, Donna Lee, Yo Gano/ Tú Pierdes, Zona Bruta...), revistas (Disco 2000, Self, Undersounds, Dance de Lux, aB) y estupendos dj's que nos hacen bailar. No es todo pero es algo. Lo suficiente como para tener más. Como para echar la vista atrás en el 2001 y ver que algo muy chiquito se ha hecho grande. Eso sí que estaría bien.

*\*directora de las revistas aB, Micro y Florida Dance Magazine*